

CHARLA EN MIAMI

TITULO: los ojos del arquitecto.

Fernando Castillo Velasco. Diciembre 1994.

Quiero hablar de nosotros los arquitectos. Me atrevo a hacerlo aquí, en esta hermosa ciudad americana y en medio de tantos profesores venidos de diversas universidades del continente, porque siento que tengo la ventaja que me ha dado el ejercicio intenso de mi oficio durante más de cincuenta años, haciendo obras y cumpliendo muy diversas actividades públicas, todas ellas estrechamente vinculadas con la arquitectura.

Quiero hablar de cómo participamos en la construcción del mundo y de cómo podríamos hacer mejor nuestra tarea.

Al hablar de los arquitectos, debiéramos señalar, ante todo, qué es lo que nos caracteriza y nos capacita para ser útiles a la sociedad en que vivimos.

El arquitecto es esencialmente un creador. Esa es su condición indispensable. Ese espíritu creador se realiza al armar el espacio y descubrir las formas de mirar los horizontes.

Al requerir de un don tan especial, nos hacemos parte de lo que el hombre hace desde sí mismo, en vinculación con su medio y en el cumplimiento de sus sueños. Es decir, nos hacemos partícipes en el proceso de desarrollo de la cultura universal.

La verdad es que el mundo no podría avanzar hacia mejores destinos sin una persistente y perseverante actitud creadora. Hubiese perdido sus bellezas y sus insospechados rincones materiales y espirituales si no hubiese luchado por encontrar nuevos valores para inventar cada día atrayentes derroteros.

No anticiparse al futuro sería como contemplar el mundo hacia atrás, hacia una ruina ya carcomida por el tiempo, implacable devorador de la historia.

Sin embargo, también, es cierto que el mundo nuevo que es necesario recrear, se funda, muchas veces, en lo ya ocurrido, en las tradiciones y en las grandes experiencias del pasado.

Para innovar hay que tener conciencia de que hubo una historia que nos fue señalando el cómo mirar hacia adelante.

Así es y así debe ser: asumir el pasado, y apoyado en el presente, saltar hacia adelante en la búsqueda de un nuevo espíritu para construir el mañana.

El urbanismo y la arquitectura requieren de ese espíritu creador y se deben confundir en una sola voluntad, ser un solo oficio que trabaja, como ya dije, para armar el espacio en que vivimos y descubrir las formas de mirar los horizontes.

No se puede ni se debe separar lo inseparable.

----- + -----

Me enseñaron en la Escuela que la arquitectura se apoyaba en tres grandes valores:

en la función;
la estructura y
la belleza.

Años después, aprendí de la vieja cultura oriental, que la arquitectura es un girón de aire bellamente limitado.

Dos hermosas interpretaciones que me han sido útiles a la hora de enfrentar los desafíos.

Sin embargo, tal vez, la arquitectura es aún algo más.

Pienso, junto a un grupo de profesores de la Escuela de Arquitectura de la Universidad Arcis, en Chile, que ella depende, a lo menos, de cinco dimensiones sustantivas:

la palabra
el tiempo
la materia
el espacio
el destino

La arquitectura debiera responder a esos sustantivos, que trataré de explicitar a continuación:

La palabra. En la palabra está incluido el hombre con su inteligencia, sus anhelos, su cultura, sus necesidades, sus sueños y torpezas.

El ser humano no puede ir más allá de lo que su palabra le permite. Cualquier

idea, cualquier imagen, cualquier pensamiento lleva implícito el ser capaz de expresarlo en la palabra. Si no hay palabra, existe la nada.

La palabra escrita o dicha es la palabra más perfecta, matriz y complemento indispensable de la palabra dibujada.

Una arquitectura hecha palabra, queda sujeta a mil interpretaciones sobre el sentido y valor de la obra. Porque, como dice el científico chileno Humberto Maturana, sólo a través del lenguaje el ser humano puede explicar su experiencia en el vivir y asimilarla a la continuidad de su praxis de vida. El *comprender* es inseparable de la experiencia humana.

¿Por qué la arquitectura- esbozo, proyecto, obra construida- necesita la palabra?

“El lenguaje- nos dice el filósofo- es el hogar del ser”

El ser es la construcción de sentidos: la arquitectura, inseparable de sus construcciones, construye en ella sus sentidos y convoca la palabra.

De ahí, la tradición de afinidades entre arquitectura y poesía: “poiesis” quiere decir obra. Poesía - arquitectura.

Por eso, hacemos también arquitectura, en la palabra hablada y escrita: en el diálogo del taller; en el surgimiento del proyecto; en el dar cuenta de la obra, en el entregarla al juicio de los otros.

La Materia. No puede haber obra de arquitectura si no hay materia. La obra de arquitectura pesa sobre el suelo. Se apoya en él. Se toca con las manos y con el corazón. La arquitectura no es etérea ni se eleva como un globo. Tiene las formas que le dan los materiales de la cual está hecha y que determinan sus luces y sus sombras; sus colores y sus límites, sobre el entorno que la cobija.

Pero si la arquitectura pesa sobre el suelo, ella también va conquistando en el tiempo y en el espacio su propia ligereza: por eso la arquitectura trepa a las alturas, se abre en luces cada vez mayores, se condensa en losas cada vez más delgadas.

En ese sentido, lo incuestionable y sólido de la materia arquitectónica es que debe ser capaz de generar su propio vuelo. De allí, el girón de aire bellamente limitado, de que nos hablan los orientales.

La materialidad de la obra nos habla de culturas, de regiones, de lugares, de tradiciones, de climas, de fríos y calores.

El Espacio. Crear espacios es la misión de la arquitectura. Sean ellos espacios cerrados y techados o espacios abiertos al cielo, conformados por la conjugación de los límites de la obra material. No hay escalas para medir los espacios. Pueden ser inmensos o pequeños. Lo que importa es la relación y proporción entre ellos.

Pero también el arquitecto interviene simultáneamente en muchos espacios, reflejo de distintas escalas simultáneas en que habitamos los hombres: desde las de nuestras manos y piernas que actúan a la escala de la habitación, hasta nuestros niveles de caminantes, automovilistas, pasajeros de un avión, en que recorreremos la casa, el vecindario, la avenida, la ciudad completa, o el continente y más allá de los mares.

Por ello urbanismo y arquitectura son una sola cosa que recorre desde la silla en que trabajamos, hasta la mirada desde la montaña sobre la ciudad, allá abajo en el valle, como ocurre en Santiago.

En arquitectura la definición del espacio tiene interpretaciones diversas.

La espacialidad, el don que poseen los espacios, varía de significados a través de la historia; pero siempre mantiene constante su esencia de concepción de **lugar** y la necesidad de nombrar la completitud del espacio.

Sin concebir el entorno, la materialidad, la estructura y la forma, el espacio arquitectónico no hace ni tiene historia. Sin ellos tampoco hay lugar.

El Tiempo. El tiempo corresponde a la historia y al futuro. El tiempo permite que la arquitectura regrese a la naturaleza, que se integre a ella o que muera.

La arquitectura está obligada a soportar el tiempo, pero ello también implica aprender a vivir distintos tiempos: la obra, la plaza, no están congeladas sino que deben convocar a un diálogo con sus habitantes, apoyados por los arquitectos, respetuosos de las obras del pasado pero sin fetichismo. Capaces de acogerlos en los proyectos del presente, de imaginarlos frente a intervenciones futuras.

Sin tiempo no se puede ni mirar ni vivir la arquitectura. Ella es un recorrido que necesita del tiempo para llevarla a cabo.

El tiempo marca los avances de la civilización, de la cultura, de las capacidades con que el hombre resuelve los desafíos de la ciencia, de las inclemencias naturales, del cúmulo de problemas que acarrea una humanidad sedienta de conquistar el universo.

El Destino. El hombre hace arquitectura con el fin de albergarse y proteger sus actividades.

Sin destino no hay arquitectura. Nadie construye si no tiene un cometido.

Decía antes, que la vida es la construcción de sentidos; la arquitectura es también el sentido de la construcción.

El destino es esa rótula entre arquitectura y vida, en que condensa lo inevitable de la historia y la libertad de la creación.

Las obras tienen o no tienen destino según sea el grado de adecuación para soportar los cambios en las funciones que el hombre, según las circunstancias, les quiere imponer.

Sin embargo hay ciertas construcciones humanas que trascienden al tiempo y al uso y perduran, simplemente, porque son admiradas por sus más intrínsecos valores, más allá del ejercicio de sus funciones.

Es pues, también, una visión del destino de la obra arquitectónica, ser admirada a través del tiempo tan sólo por su belleza y por la forma con que es capaz de interpretar las conductas, capacidades, sueños y valores de una determinada sociedad en un determinado lugar y en un determinado tiempo histórico.

Así, muchas obras de arquitectura hacen historia por sí mismas y se transforman en el rostro vivo de la cultura universal.

Hay pues, de lleno arquitectura, cuándo la obra se vuelve un todo indestructible e indeformable; porque se habla de ella; porque encierra belleza; porque tiene consistencia material; tiene origen en la historia y destino que perdura. Sólo entonces existe de verdad la arquitectura con valor de trascendencia.

En mi vida de arquitecto me ha tocado en suerte trabajar en cuatro planos bien diferentes:

como arquitecto de edificios

como alcalde y planificador del desarrollo urbano

como político y administrador de una gran metrópolis

como profesor, en la hermosa tarea de enseñar.

Como **arquitecto de edificios** he tenido la suerte de proyectar y construir más de un millón y medio de metros cuadrados en obras que se enmarcan en vastos programas edilicios que van desde el pequeño hogar de una familia humilde hasta grandes unidades vecinales. Desde escuelas rurales hasta grandes universidades. Desde viviendas pegadas al suelo hasta grandes estructuras de hormigón que se elevan hasta el cielo.

Es en este campo, qué duda cabe, donde mejor actuamos y nos comportamos nosotros los arquitectos. Es donde vaciamos nuestros fuegos y nuestros sueños. Es donde definimos formas, materiales, relaciones espaciales, valores estéticos y construcción.

Es donde somos amos, arbitrarios, para hacer y decidir cómo han de ser los lugares donde la gente vive, donde trabaja, se recrea y transita.

Quiero, en esta ocasión hablar brevemente, mostrando simultáneamente algunas diapositivas, de la mejor etapa en mi vida de arquitecto.

Aquella en la que más allá de la ansiedad por esculpir monumentos personales en medio de la ciudad, he tratado de interpretar los más profundos anhelos de vida de gente común que, por conquistar un hogar para su familia, necesita hacer un tremendo esfuerzo económico, sentir lo trascendente de la solidaridad y comprender los valores y aportes que nos entrega la naturaleza a la cual debemos respetar, por sobre otras muchas consideraciones.

Se trata del tiempo que he dedicado a construir comunidades. Esos conjuntos armónicos compuestos de cinco, diez, treinta o cien viviendas, donde la participación de los propietarios nace junto con la búsqueda del terreno más propicio, con el debate sobre el partido general, sobre los valores de la configuración del espacio, el financiamiento y los precios de la construcción.

Todo ello realizado para grupos de familias que no se conocían de antemano y que supieron hacer amistad y respetarse en sus personales criterios hasta llegar a concluir en un proyecto común.

En este proceso arduo, difícil, lleno de sobresaltos y angustias, pero también, apasionante y poético, he pasado interpretando anhelos, buscando la luz, no

en mis propias visiones e imágenes, sino en la ansiedad de esas parejas por conquistar el lugar de vida donde pueda florecer y desarrollarse la familia, en íntima comunión con los otros y con la naturaleza que los rodea.

A través de estas nuevas experiencias, pienso que aprendí a conocer mejor a la gente de mi tierra; a saber de sus anhelos de vida y valorar entonces, que la arquitectura surge con fuerza cuando interpreta esos anhelos.

Esta visión del quehacer arquitectónico, creo que es válido para cualquier programa edilicio, sea cual sea el destino de la obra y aunque la mujer y el hombre aparenten no ser los protagonistas de esa historia

Esas obras nuevas que he estado realizando han sido acogidas como una sencilla contribución, que se contrapone con el presente, en que el dinero

parece desbordar, con su fuerza, nuestra capacidad para controlar y escalar lo que hacemos.

En este tiempo, con humildad construimos sencillas casas de ladrillo a la vista, con pisos de greda y techumbres de madera.

Espero que ellas, junto a otras muchas que otros arquitectos están desarrollando en Chile, sirvan en alguna medida para continuar la historia de nuestra arquitectura.

En el **planeamiento del desarrollo urbano y en mi condición de alcalde**, tuve mis más hermosas aventuras.

En este campo el arquitecto interpreta a la comunidad en sus postulados sociales. Con ella descubre sus vocaciones de vida, trabajo y cultura.

No diseña, pero sí, esboza visiones que deben ser desarrolladas por el conjunto de la sociedad comunal.

La más grande tragedia en el desarrollo de las ciudades de nuestra América Latina es el crecimiento despavorido sin una visión arquitectónica del fenómeno.

Casi siempre arrastradas por la desenfrenada especulación sin visión del futuro y sin respetar el lugar y el espacio donde la obra se ha de implantar.

Yo sostuve, en una charla en Santiago, que los arquitectos éramos fuertemente responsables en el proceso de degradación de la ciudad moderna latino americana.

¡Y, en verdad, al menos en Chile es así!

¿No es acaso sinónimo de destruir, el volver a edificar sobre un suelo que poco antes albergó hermosas casas que fueron destruídas aunque conformaban un lugar de vida placentero, armónico y humano?

Barrios completos de uno o dos pisos de altura, transformados en un hacinamiento de edificios, esta vez en 20 ó 30 pisos, tapándose unos con otros el aire, la luz y el sol y construyendo sobre el mismo trazado urbano que diera albergue satisfactorio a no más de 40 familias por manzana, para albergar a un número superior a las 500 familias.

Uds. podrán suponer los atochamientos de vehículos en esas, ahora estrechas calles que otrora configuraban hermosas avenidas y paseos plenamente forestados.

No pretendo negar las soluciones en altura y densidad, pero esos edificios tienen la obligación de instalarse respetuosamente en la ciudad y hacerse vivibles en ella y para ella.

Un mismo trazado urbano, una misma infra-estructura de servicios, no pueden, improvisadamente, acondicionar su uso a una demanda diez o veinte veces mayor. La consecuencia es el caos ciudadano.

¿No es sinónimo de destruir, el edificar miles de viviendas todas iguales, unas al lado de las otras, en interminables filas, sobre calles hoscas y secas, verdaderos desiertos de hormigón donde deambulan muchedumbres solitarias sin un solo lugar de encuentro?

Casas depositadas, por mano avara, sin un espacio para la escuela, el consultorio de salud y lo que es peor, sobre lo que era un suelo rico y fértil, que nos entregaba, generoso, nuestros necesarios alimentos.

Arnold Toynbee, en su libro **Ciudades en Marcha**, nos advierte que toda ciudad, requiere de una campiña que la circunde en un radio suficientemente amplio como para abastecerse de los alimentos indispensables. La suma de esas dos circunstancias, configuran el lugar de vida de los asentamientos humanos.

Pero, en Chile, actuando en contrario se han destruido miles de hectáreas de campo productivo con las tierras de la mejor calidad, para transformarlas en cementerios de las esperanzas de decenas de miles de familias chilenas que

anhelaban poseer un “hogar” en el verdadero sentido de la palabra.

¿No es sinónimo de destruir, el implantar enormes edificios revestidos de vidrios de increíbles colores que niegan la materia de la cual están hechos, que niegan nuestros ancestros y tradiciones, que niegan nuestro paisaje cordillerano, nuestros repetidos terremotos y los trágicos aluviones?

Nuestra arquitectura, por la naturaleza del lugar, por su patrimonio cordillerano, columna vertebral de toda la nación, por su clima templado y por sus grandes terremotos, debe y puede tener una expresión propia, simple y duradera que la defina como nuestro mejor patrimonio cultural.

Nuestro cielo santiaguino, es gris, sin las espectaculares nubes del cielo americano, que sirven para reflejarse en los inmensos espejos de colores de los rascacielos de acero, que así se hacen parte integrada del gran espacio celeste.

Yo culpo, y conmigo muchos arquitectos chilenos, de que éstas y otras calamidades urbanas de nuestras ciudades, se deben a la forma como concebimos los proyectos para el desarrollo urbano.

Los arquitectos nos quejamos de los Planos Reguladores que restringen y limitan nuestros proyectos y que van, paso a paso, inmolando la ciudad.

Ellos se constituyen en normas que fijan rápidamente las tasas de usos del suelo, las alturas, las rasantes, sin ninguna consideración por el conjunto del barrio ni por el proceso en que una buena y sabia arquitectura podría ir haciendo ciudad.

Históricamente, salvo contadas excepciones, las ciudades fueron el resultado de un constante y dinámico proceso de crecimiento de pequeños caseríos o poblados que, paulatinamente, fueron transformando sus estructuras y espacios urbano, de acuerdo y en armonía con sus vocaciones de vida y trabajo.

Sin embargo, en la era moderna y como consecuencia de un acelerado desarrollo económico y físico de los asentamientos humanos, pocas veces se conserva la primitiva vocación, que dio vida inicial a un determinado lugar.

La ciudad crece, y al desarrollarse pierde su identidad, la economía se multiplica por diversificados caminos y se hace independiente de las personas, sus tradiciones y sus organizaciones sociales.

Los arquitectos contemplamos anonadados lo que ocurre y ha ocurrido, pero

jamás decimos que en nombre de la estética, de la ética, de la justicia y de la alegría de vivir, no podemos diseñar las obras que se nos imponen o encomiendan hacer.

Pocos chilenos han tenido la suerte de ser dos veces alcalde de una misma comuna con un intervalo de 25 años entre una y otra ocasión.

De esas dos intervenciones, me queda la satisfacción de constatar que La Reina es probablemente, la única comuna del Gran Santiago que no ha sido destrozada por los avances avasalladores del progreso ciego y la especulación.

Para eso hemos usado dos instrumentos principales: el plan de desarrollo, que profundizó en la vocación de la comuna, en 1965; y el plan regulador, basado en otros criterios que los puramente normativos, en 1992.

En La Reina, enclavada en los primeros contrafuertes cordilleranos al oriente de la ciudad de Santiago, intentamos crear una comuna que fuese una **Unidad social estable, dentro de un todo integrado y en permanente desarrollo.**

El plan, abierto y flexible, expresaba el deseo de integrarnos a la modernidad sin alterar el medio urbano.

La propuesta lograba una equilibrada, realista y rica manera de vivir, que conjugaba los valores de la tradición urbana, sensiblemente humana, con las potencialidades de un espacio moderno.

Posteriormente, propusimos en 1992, sin lograr todavía su plena aprobación, otro enfoque del plano regulador en que los que van a ocupar el suelo puedan concertarse para diseñar sobre grandes predios, ganando libertad de altura, de distribución, de composición y, al mismo tiempo, entregándole al barrio áreas verdes, espacio de estacionamiento y circulaciones. En lugar de un Plano Regulador desde la autoridad, buscamos un plano autorregulador desde los ocupantes del territorio.

Ubicábamos el equipamiento de tipo metropolitano: supermercados, grandes hoteles, escuelas universitarias, oficinas públicas, centros comerciales etc. en la periferia de la comuna, con fácil y directo acceso a avenidas intercomunales, anulares o radiales que ligaban fluidamente la comuna con el resto de la ciudad, evitando así las aglomeraciones y pistas de alta velocidad al interior del espacio comunal, reservado para vivir.

Las tendencias a la densificación del uso del suelo, al interior de la comuna, se regulaban mediante normas que establecían armónicas relaciones entre las áreas edificadas y las no construídas.

Mientras menor era la superficie del terreno sobre el cual se iba a construir, menor era la proporción que se permitía edificar sobre él.

Esta regla hacía posible densificar sin destruir el medio ambiente y evitaba la proliferación de loteos y apertura de calles que destruyen el suelo natural, su forestación y construcciones existentes.

La concentración de las áreas edificadas, liberando al máximo la cantidad de suelo libre se contituyó en el principio más importante de la política urbana.

Ella procuraba preservar una enorme cantidad de suelo libre y plantado que absorbía las aguas lluvias (las urbanizaciones impermeabilizan el suelo) y daba espacio para el crecimiento masivo de grandes áreas forestadas y jardines, verdaderos protagonistas del paisaje urbano.

Nuestra política urbana ha perdurado en el tiempo a pesar de las presiones del capital y de las políticas estatales, cuyas propuestas, temerosas de los valores de la imaginación y del espíritu creador que debe regir el ejercicio de la profesión del arquitecto, han estado legislando en contraposición con las iniciativas comunales y los más nobles proyectos urbanos.

Afortunadamente, en el último tiempo se aprecia una disposición por parte del Estado para flexibilizar las disposiciones tan restringidas del pasado.

-----+-----

Mi participación en la tarea de pensar el desarrollo de una Región, se produjo, este año, como consecuencia de que el Presidente de la República me designara Intendente de la Región Metropolitana. La Región más rica y poderosa de Chile, con más del 40 % de la población total y con las riquezas más importantes que el país posee.

Hace algunas semanas, y por razones que no es el caso relatar, renuncié al cargo .

Yo sostengo que el gran drama que sufre la Región Metropolitana es su repentina y extremada riqueza.

No hay capacidad ni cultura suficiente para invertir correctamente todo lo que la región invierte anualmente, que alcanza más o menos U.S.\$ 2.200 millones de dolares.

Si la producción anual de la Región llega a más de 17.000 millones de dolares, podríamos deducir que contamos con recursos para que nuestra máquina económica y social funcione correctamente.

Sin embargo, no es así, porque gastamos los recursos casi ciegamente, sin atender a las lesiones que podemos provocar cuándo empleamos mal el dinero y las energías.

Porque es un hecho:

- Que la ciudad invierte mal y por eso se autodestruye mientras construye.
- Que Santiago crece en cantidad de habitantes más allá de lo aceptable.
- Que genera fronteras infranqueables entre sectores pobres y ricos.
- Que realiza inversiones en ciertos lugares, abandonando injustamente a otros.
- Que sistemáticamente destruye sus patrimonios naturales y urbanos.
- Que elabora planes reguladores ajenos a los anhelos y vocaciones de vida.
- Que invade y daña los territorios campesinos de la Región.
- Que erradica a los habitantes de sus lugares de vida, en vez de confirmarlos allí donde tienen sus amores y raíces.
- Que no aprovecha las capacidades del pueblo para que participe con su esfuerzo y solidaridad en la construcción de sus casas y ciudades, ni para que acceda más plenamente a sus riquezas.

Sin embargo, como ya lo dije, Santiago es una fuente de ahorro e inversión de gran magnitud y de un valor casi inconmensurable. Ya mencioné la cifra en dólares que invierte anualmente. Es posible pensar, entonces, que si somos capaces de distribuir más equitativamente esa riqueza, podremos avanzar, para bien de todos, hacia un futuro mejor, tanto dentro de los centros urbanos como en las áreas campesinas de la Región.

Proyectar el espacio social de la ciudad y del campo hacia un futuro armónico y

compartido es una tarea que no ha sido cumplida con demasiado éxito en el mundo contemporáneo sub-desarrollado.

Sin embargo, por las dramáticas consecuencias que surgen del crecimiento desordenado y vertiginoso de las sociedades modernas y especialmente de sus ciudades, se hace obligatorio intentar, una y otra vez, nuevos caminos que nos lleven al reencuentro con formas más humanas de vida en los actuales asentamientos urbanos.

Se hace necesario establecer límites al crecimiento físico de Santiago y de muchas otras ciudades de nuestra América Latina.

No sólo los límites de los planos reguladores y de los planos intercomunales que simulan modelos de crecimiento, sin interponer una voluntad que modifique las tendencias.

Santiago no puede seguir con su crecimiento exponencial.

No estamos condenados a ser siete millones de santiaguinos en diez años, doce en veinte y quizás treinta millones el año 2.050, como fatalísticamente lo aceptan las proyecciones estadísticas.

Santiago está obligado a encontrar sus estabilidades. Los horizontes de estabilidad deben estar presentes en las estrategias de desarrollo.

Hay dos formas fundamentales de limitar el crecimiento físico de la ciudad Capital y ambas deben usarse con la máxima eficacia e intensidad:

La primera es el mejor aprovechamiento de los espacios ya habilitados y equipados, mediante densificación, aprovechamiento de sitios eriazos y, muy especialmente, mejor aprovechamiento del parque de viviendas ya existentes.

Las casas antiguas bien remodeladas y la construcción de una segunda casa en el patio trasero de la casa antigua, puede albergar a un número importante de familias, hoy sin casa.

La segunda forma es el mejor desarrollo de los centros urbanos menores de la Región Metropolitana que la circundan a distancias no mayores de 60 kilómetros y que pueden y deben constituirse en ciudades satélites con alrededor de 300.000 habitantes cada una de ellas, con fuentes de trabajo, cultura, educación y esparcimiento.

El proceso de desarrollo de esos centros poblados se vería facilitado con la reinstalación del ferrocarril que conecte fluidamente con trenes rápidos y frecuentes al sistema de metro que se está desarrollando en la capital.

El país está convencido de la necesidad de aumentar los esfuerzos para mejorar la infraestructura de los transportes y comunicaciones y mejorar la forma de operarla y mantenerla. Estas no son sólo cuestiones de costos y rentabilidades.

Es que, aparte de la productividad y de la rentabilidad, que son muy importantes, tenemos que asumir la calidad de la vida que compartimos y la alegría de vivirla. En nuestros proyectos es necesario que calculemos todo lo que importa, antes de asignar un peso absoluto a las frías cifras de la ciencia económica.

En el gobierno regional es necesario mejorar la comprensión de los indicadores económicos. Cuando una inversión pública da un beneficio inmenso a unos pocos propietarios afortunados, nos recordamos a posteriori de que la obra ejecutada- una vía remodelada o un cauce canalizado- costó una fortuna en recursos públicos que beneficiaron, a veces demasiado, a unos pocos.

En lugar de llegar tarde a sacar malas cuentas, quisiéramos concertar a tiempo buenas inversiones y buenos negocios, útiles para todos a través de un justo reparto de la plusvalía.

Estas reflexiones son válidas para el anhelado ferrocarril que ya mencioné y que pudiera conectar eficaz y bellamente una cantidad de pueblos y ciudades de la Región, transformándolos en lugares de vida permanente para miles de familias que hoy viven la congestión y el aire saturado de partículas extrañas, al interior del Gran Santiago.

Perfectamente podríamos imaginar la plusvalía de los terrenos próximos a las estaciones al surgir polos de desarrollo que deberían ayudar al financiamiento del propio ferrocarril, el que con su existencia y servicio habría contribuido, en su momento, a la valorización del lugar.

A lo mejor, hacer estas reflexiones en este país donde estos problemas han sido ampliamente superados, resulta ingenuo.

Pero la verdad es que es en este tema donde está el **quid** del sub-desarrollo que tanto preocupa a la humanidad incluyendo los países más desarrollados: No ser capaces de compartir el producto del esfuerzo colectivo y que unos pocos logren los grandes beneficios sin pensar en los demás.

Es por eso, que al asumir el cargo de Intendente, dijimos que concebíamos la misión del gobierno regional como la intermediación organizada y normada

entre el gobierno nacional y los gobiernos comunales, para facilitar la máxima participación del sector privado, en una sincronizada y porfiada actitud para definir en conjunto y armónicamente cuales debían ser los objetivos del desarrollo regional.

En el contexto chileno, la acción pública tiene dos grandes actores, el gobierno nacional -que es el equivalente del gobierno federal en los Estados Unidos-, y el gobierno municipal local.

Entre ellos, el gobierno regional, que se acerca algo al concepto de gobierno estatal norteamericano, pero en escala mucho menor, sirve principalmente como coordinador entre los otros dos niveles y como promotor frente a la acción privada y los anhelos de los ciudadanos.

Sin embargo, la combinación de recursos presupuestarios, normas frondosas y tradición burocrática del gobierno nacional prácticamente esterilizan las iniciativas y capacidades comunales que se ven obligadas a concursar permanentemente por recursos que se entregan con cuenta-gotas de acuerdo, no a las necesidades sino a la norma central.

Durante el breve período que fui Intendente de la Región Metropolitana, equivalente en alguna medida al Distrito de Columbia, con todas sus trabas, pero con el 40% de la población de Chile, luché por revertir las capacidades de iniciativa y decisión a los gobiernos locales. La idea principal consistió en establecer un criterio básico de necesidades por comuna, de acuerdo a la población, índices de pobreza y ruralidad.

Con esas necesidades se definió una fracción objetivo para esos recursos que, en principio, estaban accesibles a esa comuna, siempre que ella presentara proyectos factibles suficientes, en las prioridades que la misma comuna definía. Vale decir, la comuna ya no competía con todas las otras del país para cada uno de los doce fondos especializados que ha definido el Estado sino que desarrollaba su propia estrategia que podía, incluso abarcar varios años y concentrarse en proyectos intercomunales.

Este planteamiento fue muy bien recibido en todas las comunas y en algunos servicios del gobierno central, agotados de procesar y descalificar proyectos insignificantes.

Razones de otra índole interrumpieron mi gestión en la Región Metropolitana, pero pienso que nuestros planteamientos significaron la siembra de una semilla que ha de crecer y que han motivado a algunos gobiernos locales a invitarme para ayudarlos en sus formulaciones estratégicas.

-----+-----

Si algo sé hoy de arquitectura, o algo válido he logrado hacer en mis 50 años de profesión, se debe, principalmente, a lo que he podido **aprender en la hermosa tarea de enseñar.**

Nunca durante mis estudios universitarios, o en el taller donde desarrollo mi trabajo profesional, aprendí tanto como en los años de convivencia con los jóvenes estudiantes, en variadas épocas de mi trabajo docente en la U. Católica de Chile y , más tarde en Cambridge, Inglaterra.

Pero mi tiempo en la universidad fue más completo aún y formador que sólo ser profesor de arquitectura.

En el año 1967 tuve el honor de ser elegido Rector de la U. Católica de Chile y en 1973 fui despojado del cargo por el golpe militar que irrumpió en mi Patria destrozando su convivencia democrática.

En esos años de rectorado, pasados tan vertiginosamente, imaginaba la universidad, y hoy confirmo esa imagen esperanzada, como un lugar muy especial, en que la sociedad produce el encuentro entre las generaciones en torno al conocimiento y a las técnicas, a los saberes y a las artes, a las preguntas centrales sobre el mundo y los hombres, a la búsqueda de las soluciones para superar los problemas que convocan al país y son el desafío que contiene, como posibilidad, un futuro mejor.

La institución universitaria posee, por lo mismo, tantas y tan peculiares características. Reúne a los hombres de saber maduro con jóvenes que desean adquirir el saber y sobre todo, la capacidad de pensar y actuar por si mismos.

Reúne a los más variados especialistas, en el mayor número de disciplinas posible y procura crear condiciones para que ellos puedan comunicarse entre sí y también con el país y con el mundo.

Esa larga y rica historia universitaria, en que tuve la oportunidad - el privilegio, en verdad - de dirigir la Universidad, aparece ahora, con la sabiduría que sólo proporciona el tiempo, como un esfuerzo por materializar en parte siquiera, ese sueño de una institución que fuera fiel a sus vocaciones más profundas.

Que, por tanto, diera a cada participante de la comunidad universitaria un

espacio de posibilidades para realizar una experiencia valiosa.

Pues la universidad es de todos los que laboran y se hacen parte de ella.

No sólo los edificios y laboratorios, su campus y sus instalaciones, sino su tarea intelectual en medio de la sociedad.

Sueño y soñé con esa universidad que está dispuesta, a partir de lo propio -de su propia dignidad y trabajo - a entrar en contacto con todo el mundo, con todos los pensamientos, con todas las actividades y realidades, con todos los esfuerzos de la aventura humana. Es la vida, en efecto, lo que la universidad necesita para pensar y enseñar, y la vida no está solamente en los claustros, en las tradiciones del saber, en las comunicaciones eruditas, en los textos.

Está ahí también , ¡Que duda cabe! pero está asimismo en la ciudad, en la industria, en los poblados rurales, en nuestra pobreza y nuestros atrasos, por cierto que en la política, en los hombres de acción, y en los jóvenes frustrados en sus expectativas porque no ingresan a la universidad.

Lo específico de la universidad no consiste pues en ubicarse fuera de su lugar, ajena al tiempo que la atraviesa y a los problemas que agitan a la sociedad.

Consiste, por el contrario, en movilizar la inteligencia contenida en ella para ponerla al servicio de su tiempo y de los cruciales problemas de éste, a fin de así participar en la construcción del futuro.

Yo desprendo de lo dicho que no existe otro lugar mejor para desarrollar la arquitectura que el ámbito universitario.

La arquitectura no se abastece a sí misma. No es sólo un oficio para ser aprendido en un taller, con un solo maestro que lleva a su discípulo de la mano, a través de sus propias capacidades.

No niego la inmensa validez de esa formación del arquitecto en los tiempos pasados.

Sin embargo, la sociedad moderna se ha hecho demasiado compleja y entrelazada y requiere, para resolver las cuestiones que la abruman, de personas capaces de mirar en forma integral y panorámica el acontecer de

cada día.

El arquitecto lleva consigo esa maravillosa virtud.

La de saber muy poco de cada cosa, entendiendo muy cabalmente, sin

embargo, todo aquello que acontece a los hombres y que necesitan un lugar para realizarlo.

Ser arquitecto es entender la vida más allá de lo que entrega la ciencia o los instrumentos que se manejan. Para ser arquitecto es necesario establecer ricas relaciones humanas y sacar conclusiones valederas.

No pienso, por tanto, que debamos preocuparnos de hacer de nuestros arquitectos hombres del mañana. Con capacidad para atormentarnos con los valores de la tecnología de la cual estamos siendo sus esclavos.

Dejemos a los arquitectos que sueñen y creen el espacio humano para que desarrollen sus solidaridades y compromisos.

Terminemos, pues aquí esta larga y tal vez pesada charla, para concluir diciendo que mi larga y hermosa jornada ha consistido siempre en una misma y única tarea: ser arquitecto a partir de la piel y hasta lo más hondo del espíritu que guía mis pasos.

